

EDITORIAL

Del 1 al 10 del pasado mes de diciembre un grupo de cuatro compañeros hicimos un viaje a Francia para visitar los centros y dispositivos asistenciales del país vecino, dedicados específicamente a la prevención y asistencia de los toxicómanos. De entre las cosas que vimos caben destacar el Centro de Marmotan, que dirige el doctor Olievenstein; el Centro de Información y Prevención Didro; el Hospital de Día de la Abbaye, y una comunidad terapéutica con toda una red de recursos intermedios en la Boere, cerca de Toulouse. Paradójicamente, la última institución citada fue la que nos produjo, con mucho, la mejor impresión. Y digo paradójicamente porque el responsable y dinamizador de dicha institución no era médico, sino un antiguo vendedor de muebles. En un resumen de nuestro periplo explicaremos con algo más de detalle el funcionamiento de todos estos centros.

Nos ha chocado sobremanera que a la hora de organizar un equipo de trabajo específico para el abordaje de las toxicomanías o drogas duras hemos encontrado un nivel de colaboración, aceptación y comprensión muy superior al que esperábamos. La administración se ha volcado totalmente, la prensa nos persigue, los padres de los toxicómanos se aglutinan para colaborar e incluso se nos ha ofrecido personal y medios materiales. Por supuesto que agradecemos esta acogida, pero nos preguntamos a qué se debe la discriminación frente a las dificultades que desde siempre hemos encontrado para trabajar con los simples enfermos alcohólicos, que siguen siendo del 30 al 40 por 100 de los ingresos en los hospitales psiquiátricos.

Como pensamos que todas las cosas tienen su causa, sospechamos que un cúmulo de razones se esconde tras esta discriminación y alertamos al lector para que medite al respecto.